

“El ambiente intelectual de la República de Weimar
y su recepción en España”

Jaume Aurell

Universidad de Navarra
saurell@unav.es

El objetivo inicial de esta ponencia es indagar sobre la recepción del pensamiento, las ideas y las tendencias artísticas de la república de Weimar (1919-1933) en la España de entreguerras (1919-1936), y sobre los paralelismos, semejanzas y analogías entre los intelectuales de los dos países. Esta investigación se enmarca en el ámbito del grupo de trabajo “pensamiento político en España: tiempos de incertidumbre”, y más concretamente en las respuestas que los intelectuales buscaron frente a esos agitados años, en los que surgió una nueva generación de intelectuales en España (“la generación de 1914”), más pragmáticos que sus predecesores de 1898, y se acentuó el debate del momento entre “germanófilos” y “francófilos”.

Jaume Aurell es Profesor Titular de Historia Medieval de la Universidad de Navarra. Es autor de la monografía *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago: The University of Chicago Press, 2012) y especialista en historiografía contemporánea, sobre el que ha publicado el libro *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos* (Valencia: Universitat de València, 2005) y editado el volumen *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. 2. National Traditions* (Turnhout, Brepols Publishers, 2009).

PALABRAS CLAVE: Intelectuales; República de Weimar; Generación de 1914; Germanófilos; Francófilos.

“El ambiente intelectual de la República de Weimar y su recepción en España”

Jaume Aurell

Una de las cuestiones claves de la historia intelectual es indagar sobre las condiciones ideales que han promovido los momentos culminantes de la humanidad desde el punto de vista cultural, artístico e intelectual. Los historiadores no se ponen de acuerdo si esos momentos están relacionados con las épocas de decadencia (como en el caso del helenismo tardo-romano, el siglo de oro español o la Viena *fin-de-siècle*) o más bien con momentos de auge (como el Renacimiento italiano o Inglaterra victoriana). El ambiente intelectual de la República de Weimar se situaría en el primer grupo, pues se trata de un período obviamente convulso, de una enorme inestabilidad política e incertidumbre cultural.

En el ámbito del grupo de trabajo “pensamiento político en España: tiempos de incertidumbre”, he pensado que sería oportuna una indagación de otros ambientes culturales europeos que influyeron en la España, que experimentó una evidente época de incertidumbre durante el período de entreguerras. Y es evidente que entre las naciones que más influyeron culturalmente en la España de ese período se contaban Alemania (la Alemania de la república de Weimar) y Francia (la Francia del ostentoso París finisecular) por encima de la Viena de fin de siglo o la Inglaterra victoriana.¹ He querido centrarme en Alemania porque quizás el influjo de Francia es más conocido. El objetivo inicial de esta ponencia era, pues, indagar sobre la recepción del pensamiento, las ideas y las tendencias artísticas de la república de Weimar en la España de entreguerras. Sin embargo, la propia investigación me ha llevado a plantear el tema más bien como paralelismos, semejanzas y analogías entre los intelectuales de los dos países, más que propiamente una “recepción” – tema este último que merecería una investigación más detallada y monográfica.

Al mismo tiempo, es conocido que en aquellos años surgió una nueva generación de intelectuales en España, más pragmáticos que sus predecesores de 1898, la llamada “generación de 1914”, y se acentuó el debate del momento entre “germanófilos” y “francófilos”. Algunos de los intelectuales de la generación de 1914 tuvieron un particular aprecio Alemania y todo lo que representaba su cultura. Una concreción de ese apego es el programa

¹ Quizás el mejor diagnóstico de uno de estos períodos, bajo la luz de la historia intelectual, sea el estudio clásico de Carl E. Schorske, *Viena fin-de-siècle*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981 (edición original de 1961).

propiciado por la Institución Libre de Enseñanza a través de la “Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas” (1907-1936) de que algunos jóvenes intelectuales realizaran sus estudios en Alemania y propiciaran, por tanto, una mejor acogida de estos intelectuales alemanes en España, especialmente en el ámbito de la teoría política.² Del interés que todavía suscita este tema da fe el hecho de que el dossier del último número de la revista *Ayer* está dedicado a la cuestión de “La gran guerra de los intelectuales: España en Europa”, coordinado por Maximiliano Fuentes Codera.³

* * *

La República de Weimar fue el régimen político experimentado en Alemania tras su derrota al término de la Primera Guerra Mundial y se extendió entre los años 1919 y 1933.⁴ El nombre de República de Weimar es un término aplicado por la historiografía posterior, puesto que el país conservó su nombre de Deutsches Reich («Imperio alemán»). La denominación procede de la ciudad homónima, Weimar, donde se reunió la Asamblea Nacional constituyente y se proclamó la nueva constitución, que fue aprobada el 31 de julio y entró en vigor el 11 de agosto de 1919. Se considera que la república de Weimar finaliza en 1933 ya que, si bien la constitución de 1919 no fue revocada hasta el término de la segunda Guerra Mundial, el triunfo de Adolf Hitler y las reformas llevadas a cabo por los nacionalsocialistas la invalidaron mucho antes, instaurando el denominado Tercer Imperio Alemán.

En lo cultural, la época de la República de Weimar ha sido considerada una de las más creativas y propensas a la innovación cultural de la historia.⁵ Walter Laqueur la definió, sin demasiados matices, como “la primer verdadera

² Vicente Cacho Viu, “La Junta para la Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la Generación de 1914”, en *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 155-185.

³ Los artículos que contiene ese dossier, precedidos por una presentación de Maximiliano Fuentes Codera, son: “Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso”, por Christophe Prochasson; “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, por Maximiliano Fuentes; “Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)”, por Patrizia Dogliani; y “La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando aliadófilos”, por Santos Juliá (*Ayer* 91/3 (2013)).

⁴ Dos excelentes introducciones a la historia de este período en Eberhard Kolb, *The Weimar Republic*, Oxon, Routledge, 2005 y Eric D. Weitz, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Madrid, Turner, 2009.

⁵ Dos excelentes introducciones a la cultura durante la república de Weimar en Peter Gay, *La cultura de Weimar*, Barcelona, Paidós, 2011 (1968) y Walter Laqueur, *Weimar. A Cultural History 1918-1933*, Londres, Phoenix, 1974.

sociedad moderna”.⁶ Otros la han definido como la “edad de oro de la cultura alemana”, en contraposición por ejemplo con la “pomposidad” de la cultura de la época de Guillermo II o la “esterilidad” de la época Nazi.⁷

En literatura, escribieron autores de la talla de Stefan George (una figura intergeneracional de enorme influencia), Rainer Maria Rilke, Heinrich von Kleist, Georg Büchner, Arnold Zweig, Herman Hesse, Erich Remarque, Alfred Döblin, Lion Feuchtwanger, Erich Kästner, Thomas Mann (su *Montaña mágica* ha sido considerada una antológica imagen literaria del ambiente de la república de Weimar), Heinrich Mann, Carl von Ossietzky, Kurt Tucholsky y Franz Werfel. El teatro siempre fue un influyente modo de transmitir convicciones culturales, como lo demuestran las creaciones experimentales, comprometidas y expresionistas de Leopold Jessner, Walter Hasenclever, Arnolt Bronne, Fritz von Unruh, y Bertolt Brecht.

En filosofía, apareció la figura hegemónica de Martin Heidegger. Reverdeció una influyente generación de filósofos del derecho, como Carl Schmitt y Hermann Heller. Brillaron teólogos de enorme influencia intelectual como Karl Barth. En historia, los discípulos confesos de Leopold von Ranke aceptaron la fe confesa de su maestro en el Estado-nación y se centraron en la historia política reciente de la tensión entre las grandes potencias europeas como Max Lenz, Otto Hintze, Erich Marcks, Ernst Troeltsch y Hans Delbrück. Su labor fue renovada gracias a la enorme influencia del Instituto de Historia del Arte Warburg, fundado por Aby Warburg en Hamburgo (cuya actividad continuó en Londres tras la segunda guerra mundial), que incentivó la figura del investigador interdisciplinar, destacando entre otros Ernst Cassirer, Erwin Panofsky, Ernst Kantorowicz y Percy Schramm.

Se impulsaron los estudios en ciencia política en torno a una nueva institución, conocido como la *Staatsbürgerschule*, fundada en 1918, que se transformó poco más tarde, tomando como modelo la École Libre des Sciences Politiques de París, en la escuela política *Deutsche Hochschule für Politik*. En ella destacaron Friederich Meinecke Carl Becker, Theodor Heuss, Arnold Wolfers, Hans Simons, Albert Salomon, Richard von Kühlmann y Ernst Jäckh y fue presidida por Friedrich Naumann.

Se promovieron también estudios en investigaciones sociales, destacando el intento de buscar una vía alemana del marxismo por parte de la influyente escuela de Frankfurt, cuyas actividades giraron en torno al *Institut für Sozialforschung* de la Universidad de Frankfurt, fundado en 1923 y dirigido en sus primeros años por el veterano socialista Carl Grünberg. Se adhirieron a ella

⁶ Walter Laqueur, *Weimar. A Cultural History 1918-1933*, Londres, Phoenix, 1974, del “Prefacio”.

⁷ M. Dill, *Germany: A Modern History*, Ann Arbor, 1961, p. 31. Ver las reflexiones de Setphen J. Lee, *The Weimar Republic*, Abingdon, Routledge, 2010, pp. 139-143.

influyentes intelectuales como Erich Fromm, Henryk Grossmann, Leo Loewenthal, Theodor Adorno, Herbert Marcuse y Walter Benjamin.

Se implantó una escuela psicoanalítica, en la que destacaron una generación formada en las aulas de la universidad de Berlín, como Sandor Rado, Franz Alexander, Karen Horney, Otto Fenichel, Melanie Klein y Wilhelm Reich, que se reunieron poco después en torno al Instituto Psicoanalítico de Berlín fundado en 1910 por Max Eitingon y consolidado por Hanns Sachs y Karl Abraham. Surgieron científicos que revolucionarían la ciencia moderna, como Albert Einstein y Max Planck. Aparecieron intelectuales difícilmente encorsetables en una disciplina específica, como Ernst Bloch y Siegfried Kracauer.

En arte, fueron años de intensa renovación, marcada por los experimentos rupturistas al estilo dadaísta o expresionista. Destacó la figura del arquitecto Erich Mendelsohn, autor de algunos de los edificios más emblemáticos de la república de Weimar, entre ellos el cine Universum de Berlín y los grandes almacenes Schocken de Chemnitz. La Bauhaus, fundada por Walter Gropius, fue uno de los estilos arquitectónicos principales del siglo XX. En ella enseñaron Paul Klee, Vasili Kandinski, Lyonel Feininger, Gerhard Marcks, Oskar Schlemmer y Josef Albers. La pintura fue revolucionada por autores experimentalistas como Georges Grosz, que con sus ácidas representaciones de la burguesía, la justicia y el estamento militar denunció los problemas sociales de la República, y Hannah Höch, abanderada del dadaísmo. Destacó también la sombría obra gráfica de Käthe Kollwitz, los retratos campesinos de Ernst Ludwig Kirchner, las fantasías de Paul Klee, las abstracciones de Vasily Kandinsky y los expresivos dibujos de Otto Dix. El cine pasó a ser un medio de masas. Películas como el *Gabinete del Doctor Caligari* (basada en el guión de Hans Janowitz y Carl Meyer adaptado por el director Robert Wiene) o *Metrópolis* (Fritz Lang) aportaron nuevas formas de hacer cine y eficaces mensajes a favor de las clases obreras o abiertamente antimilitaristas. La música de Arnold Schoenberg y Alban Berg aportó también la experimentación a través de una música “atonal”, que enfatizaba las notas en detrimento de las melodías o los “tonos”.

Alrededor de 120 periódicos y 40 teatros constituyeron magníficos medios para divulgar esos renovados mensajes. Parte de ese impulso cultural provino del sistema universitario instaurado en la Alemania decimonónica, particularmente de la Universidad de Berlín, fundada en 1810 por el liberal prusiano Wilhelm von Humboldt.

El mundo académico y universitario quedó, por su parte, algo marginado de la innovación, pues se presentó como el garante de la tradición intelectual y académica, más reacia a las experimentaciones que iban surgiendo sobre todo en los campos artísticos y literarios. Esto no impidió la emergencia

de unas figuras intelectuales de primer orden en el ámbito académico, herederos del espíritu de la universidad alemana clásica decimonónica y cuya característica principal fue su enorme capacidad interdisciplinar. En ese ambiente surgieron los mencionados Hermann Heller y Carl Schmitt, de claro talante interdisciplinar entre el derecho y la filosofía política y Ernst Kantorowicz y Percy Schramm, que unieron admirablemente la historia, el derecho, la liturgia, y la filosofía política, y que son todos ellos todavía referencia ineludibles en sus respectivos campos.

Del prestigio intelectual de la república de Weimar da fe el hecho que, como ha recordado recientemente Enric Ucelay Da Cal, todavía hoy, la contraposición *Weimar oder Potsdam*, es una manera tópica de aludir a las “dos Alemanias”: la culta y cerebral, propia de una tierra de poetas y pensadores, fijada en la imaginación europea por la obra romántica *De l'Allemagne* (1813) de Madame de Staël, y la otra, reglamentada y obtusa, ejemplificada por el palacio de Federico II el Grande de Prusia, foco simbólico del militarismo sumiso que nada cuestiona. Con todo, la ambigüedad se estableció desde el principio en la república de Weimar, pues el primer artículo de la carta magna de 1919 rezaba: “El Imperio alemán es una República”.⁸ Es muy significativo que la dicotomía cultural “Weimar oder Potsdam” fuera sustituida, después de la segunda guerra mundial, por la dicotomía, de trasfondo ahora político en lugar de cultural, “Weimar oder Bonn”, en la que “Weimar” era sinónimo de caos e improvisación y Bonn de la estabilidad de la posguerra.

Esta imagen está algo mitificada, pues la república de Weimar se ha visto sin duda beneficiada por una lectura maniqueísta de la historia alemana del siglo XX, donde habría un antes y un después de 1933. Los años de Weimar son imaginados así como un época de creatividad desbordante, por la voluntad de romper todas las reglas asfixiantes en el comportamiento, de romper todas las reglas previas desde el punto de vista artístico, de aproximarse críticamente a la realidad heredada y de experimentar socialmente, y abrirse así a las maneras múltiples de entender las contradicciones de la modernidad. La etapa republicana alemana es vista en positivo como un tiempo de revolución cultural, que sin embargo sólo maduró realmente a raíz del cruel exilio forzado por el régimen Nazi.⁹ Desde luego, la enorme influencia de los judíos intelectuales en el exilio es una prueba fehaciente de su peso específico en el ámbito general de la cultura durante la república de Weimar.¹⁰ De hecho, el influyente historiador

⁸ Enric Ucelay Da Cal, “Antonomasia”, *Revista de Libros* 173 (2011): 3-5, aquí p. 3. Una exposición más detalla de esta dicotomía en Walter Laqueur, “Between Potsdam and Weimar”, en *Weimar. A Cultural History 1918-1933*, Londres, Phoenix, 1974, pp. 1-40.

⁹ Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, “Preface”, *The Weimar Republic Sourcebook*, Berkeley, University of California Press, 1995, p. XVII.

¹⁰ Benjamin Lazier, *God Interrupted. Heresy and the European Imagination Between the World Wars*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

Peter Gay ya había postulado en 1968, en su monografía clásica “la cultura de Weimar”, que los grupos marginales de la república de Weimar – demócratas, judíos, artistas de vanguardias, intelectuales – abandonaron la periferia y se transformaron en centrales, se integraron en la corriente principal del período, y en responsables de los influyentes centros culturales como museos, teatros, orquestas, ateneos y universidades: “la cultura de Weimar fue obra de marginales que la historia impulsó hacia el centro en un periodo de tiempo, breve, frágil y vertiginoso”.¹¹

Es significativo que fue precisamente parte de esta minoría marginal la que divulgó y mitificó, a través de su exilio, la idea de la ampulosidad y enorme influencia de la cultura de Weimar. Basta citar parte de ese brillante elenco de exiliados para confirmar esta realidad: Albert Einstein, Thomas Mann, Erwin Panofsky, Bertolt Brecht, Walter Gropius, Georges Grosz, Vasili Kandinsky, Marx Reinhardt, Bruno Walter, Max Beckmann, Werner Jaeger, Wolfgang Köhler, Paul Tillich, Ernst Cassier, Ernst Kantorowicz.

De todos modos, cualquier intento de integrar los catorce años de la república de Weimar en un solo relato coherente, y más si ese relato trata de cuestiones intelectuales y culturales, está condenado al fracaso. En los últimos años, muchos historiadores han mostrado su escepticismo acerca de las narrativas lineales y unívocas, que tienden a reducir los acontecimientos y las épocas a historia coherente y cerrada. En el caso de la república de Weimar, el historiador debe reconocer la variedad de unas historias radicalmente diferentes que deben ser reconstruidas a partir de los fragmentos e improntas de este período. En concreto, lo que para unos significó una época del “nacimiento de la modernidad” para otros fue precisamente su decadencia, el póstico de una época posterior, el “nacimiento de la postmodernidad”. La misma supervivencia del espíritu de Weimar tras la segunda guerra mundial, que se metamorfoseó en diferentes formas como la influyente escuela de Francfort, con autores tan prestigioso como inclasificables como Walter Benjamin o Theodor Adorno, es un buen ejemplo de esta complejidad.¹² En todo caso, hay un acuerdo unánime que Weimar fue, por lo menos, un “laboratorio de la modernidad”, que fascinó o causó rechazo (en todo caso, nunca dejó indiferente) a la intelectualidad española del mismo período.

Los turbulentos cambios sociales de la era Weimar, combinados con las rápidas transformaciones de la cultura alemana, condujeron a una autoconciencia de los intelectuales – tal como había pasado en la Francia finisecular – lo que les llevó a ocuparse por su estatus y función.¹³ Incapaces de ejercer una

¹¹ Peter Gay, *La cultura de Weimar*, Barcelona, Paidós, 2011 (1968), p. 18.

¹² Martin Jay, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Boton, Brown, 1973.

¹³ Anthony Phelan, “Algunas teorías de Weimar sobre el intelectual” en Anthony Phelan, ed., *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, València, Alfons el

función de consejeros áureos, pero convencidos de su capacidad de ser portavoces de las ideas y los valores universales, muchos de ellos buscaron redefinir su posición de modo radical. Forzados quizás por la dramática situación económica, algunos de ellos buscaron llegar a las masas a través de una estudiada simplificación de sus escritos. Otros dieron el salto, de un modo explícito, a los medios de comunicación, perdiendo su estatus de “intelectuales” y pasando a ser considerados “periodistas”. Pero un resto significativo optó por tratar de mantener el rol tradicional y las actividades asociadas a los intelectuales.

Algunos de estos intelectuales buscaron una regeneración desde la izquierda, con clara influencia marxista, como Karl Korsh y Georg Lukács, de procedencia húngara. En este ámbito destacó la escuela de Frankfurt, uno de cuyos principales objetivos fue repensar la crítica marxista para adecuarla a las condiciones de Occidente. Fundada por Max Horkheimer, destacaron los filósofos y sociólogos Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Walter Benjamin y Theodor Adorno, así como el sociólogo de la literatura Leo Löwenthal y el psicoanalista Erich Fromm. Otros intentaron fomentar una “revolución desde la derecha”, apelando a la tradición y al orden, como Arthur Moeller van den Bruck, Carl Schmitt, Ernst Niekisch, Anrolt Bronnen, Hans Freyer, Edgar J. Jung o Hugo von Hofmannsthal. Un tercer grupo dedicó sus energías a diagnosticar lo que para ellos eran claros signos de decadencia cultural o, en la dramática expresión universalizada por Oswald Spenser, de “decadencia de Occidente”. Las célebres lecturas de Max Weber sobre el concepto de modernidad en Occidente pueden ser también insertadas en este ámbito intelectual de ácido diagnóstico, aunque desde una perspectiva menos catastrofista. Otros intelectuales inclasificables, pero también imbuidos de esta tendencia al diagnóstico algo severo con la modernidad, fueron el novelista Ernst Jünger, el poeta Gottfried Benn, el filósofo Martin Heidegger y el existencialista Karl Jaspers. Las reflexiones buscando posibles salidas a esta decadencia llegaron también desde las posiciones católicas, sobre todo a través del influyente político e intelectual Willy Hellpach, y luteranas, a través del canciller Franz von Papen. A través de formas, tonalidades e intensidades diferentes, todos ellos interpretaron la experiencia de la modernidad en el período de entreguerras como una crisis cultural.¹⁴

Hubo también intelectuales que criticaron la propia labor de los intelectuales, como Hannah Arendt, quien postulaba que la labor de los intelectuales tenía que trascender su situación social y reflexionar acerca de las

Magnànim, 1990, pp. 21-66. Ver también François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007.

¹⁴ Ver especialmente la primera parte de la monografía Dagmar Barnouw, *Weimar Intellectuals and the Threat of Modernity*, Bloomington, Indiana University Press, 1988 (“Tempted by Distance: Intellectuals and the Grey Republic”, pp. 11-42).

últimas cuestiones en lugar de meramente sintetizar determinados puntos de vista presentes en el ambiente, y la líder feminista Gertrud Bäumer, quien arremetió contra la arrogancia de los hombres de cultura entregados a los intereses de las élites intelectuales y políticas. Otros, como Wilhelm Weitling y Mikhail Bakunin, sospecharon de la propia tendencia de los intelectuales de justificar el poder establecido y de quedarse excesivamente anclados en un abstractismo teórico. Existía también el tipo del intelectual polemista, tal como lo desarrollaron Franz Seiwert y Franz Pfemfert. Algunos literatos, Günter Eich entre ellos, buscaron escapar de la influencia política y el elitismo intelectualista a través de la lírica y la poesía.

* * *

Análoga agitación intelectual y comparable desasosiego cultural se vivieron por esos años en España, aunque obviamente las creaciones artísticas y literarias no tuvieron la proyección y el influjo internacional que habían tenido en la República de Weimar. Que eran años de incertidumbre para España parece algo evidente, pero por si cabía alguna duda Antonio Machado presintió como nadie esa perplejidad, cuando escribió estos versos en el año 1913:

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza
entre una España que muere
y otra España que bosteza

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios,
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón¹⁵

Si la cultura de la república de Weimar ha sido considerada una “edad de oro”, la cultura española de la época de entreguerras ha sido etiquetada de “edad de plata”.¹⁶ En este periodo, los intelectuales españoles empezaron a cobrar un gran protagonismo, generando una notable capacidad de galvanizar una presencia pública mucho mayor de lo que su fuerza real parecía propiciar.

¹⁵ Antonio Machado, *Poesías Completas*, “Proverbios y cantares”, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, pp. 162-163 (la poesía fue publicada originariamente en 1913).

¹⁶ Uno de los mejores diagnósticos de la cultura y los intelectuales de este período sigue siendo, desde mi punto de vista, el de Víctor Ouimette, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-textos, 1998, 2 vols.

Por otro lado, la continua transformación y evolución de las diversas figuras y modos del intelectual en la república de Weimar – el intelectual divulgador, el intelectual periodista, el intelectual polemista, el intelectual crítico, el intelectual literato, y el intelectual-intelectual – se reflejan bien también en la evolución de los intelectuales en la España del mismo período, como lo demuestran las poliédricas figuras del intelectual comprometido y ensayista José Ortega y Gasset; de Jacinto Benavente, quien utilizó el teatro, como lo habían hecho los autores de la república de Weimar, como una fuente de contenido social; del poeta Antonio Machado, capaz de generar un agudo diagnóstico en unos breves versos; y de la figura intergeneracional, protagonista del paso del modernismo al noucentisme en Cataluña, Eugenio D’Ors.¹⁷

Quizás el mayor paralelismo entre los intelectuales de la república de Weimar y los de la España de entreguerras, y explicación de su gran influencia y versatilidad, los intelectuales de aquel periodo no se limitaron a apoyar la postura de un partido ni de un grupo, y muchos de ellos ni siquiera fueron asociados a alguno de ellos. Ninguno ocupó, ni aspiraba seriamente a ocupar, el poder político. Todos estaban convencidos de que la política era un aspecto secundario e inferior de su actividad intelectual. La mayor parte colaboraba en los diarios de gran tirada, en incluso fomentaron directamente esas iniciativas.¹⁸ Mientras tanto, siguieron practicando en su campo de especialización (la historia, la filosofía, la literatura, la poesía, e incluso la medicina), lo que aumentaba su prestigio como pensadores serios dentro de los sectores más cultos y socialmente más influyentes. Ninguno se asoció tan profundamente con ningún grupo como para comprometer permanentemente la independencia de sus análisis. Gracias a la prensa, el intelectual era una celebridad, y ocupaba un papel que le daba nuevas oportunidades y nuevas responsabilidades excepcionales.”¹⁹

Salvadas las distancias de su diferente proyección internacional y capacidad de innovación (en ambos casos enorme en los intelectuales de Weimar), el paralelismo en la actividad y la identidad de los intelectuales españoles con los alemanes de este período es evidente. ¿Pero hasta qué punto hubo una conexión real entre esos dos colectivos?

La postura de España durante la primera guerra mundial había dividido la comunidad intelectual en dos facciones que, por lo general, se distinguían

¹⁷ Tanto D’Ors como Ortega son considerados, de hecho, figuras intergeneracionales: Vicente Cacho Viu, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

¹⁸ Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, Madrid, Rialp, 1970, 2 vols.

¹⁹ Víctor Ouimette, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1926)*, Valencia, Pre-Textos, 1998, vol. 1, pp. XXVII-XXVIII.

claramente: francófilos y germanófilos.²⁰ En 1918, Azorín visitó los ejércitos aliados en Francia, como corresponsal de guerra del periódico ABC. El periódico, que era claramente monárquico y germanófilo, había elegido a Azorín como corresponsal, aún a sabiendas de sus simpatías por la causa aliada: Francia fue para él siempre símbolo de libertad y de cultura. Hacia 1916, escribe sobre Alemania: “El espíritu germánico no lo sentimos, no podemos sentirlo. Nuestro espíritu se ha formado en las literaturas latinas. Nada más opuesta a este espíritu humanitario de la ciega, pedantesca y brutal teutomanía que hoy impera, y que va haciendo tan odioso a todo espíritu bien nacida la Alemania moderna.”²¹

Esta dicotomía estaba asociada a los valores de la democracia y el liberalismo propios de Francia e Inglaterra y los valores del orden, el militarismo y el autoritarismo propios del bloque de la Europa Central. El orden alemán y su capacidad científica habían cautivado a muchos intelectuales españoles, como lo describió con maestría, ya durante esos años, Josep Pla en su diario *El Quadern Gris*. Ramón Pérez de Ayala y Eugenio d’Ors ejemplifican bien estas posturas. Pérez de Ayala era un escritor que asumió la función de embajador en Londres desde mayo de 1931. Desde el principio se había opuesto públicamente a la germanofilia durante la primera guerra mundial, había comentado extensamente los disturbios de 1917, había criticado con dureza la dictadura y la monarquía de Alfonso XIII y había defendido la creación de una república española. Eugenio d’Ors, en cambio, negó en plena guerra que una eventual victoria germana sería una amenaza terrible para la civilización, tal como pensaban la mayoría de los aliadófilos.²² Con todo, el pensamiento de d’Ors respecto a este debate siempre fue consecuente con su idea de que la guerra mundial no era más que una guerra civil europea. Es precisamente esta idea la que le lleva a justificar la germanofobia de Miguel de Unamuno, que sería más bien una “Europa-fobia”, eco del “¡que inventen ellos!”.²³

Esta inclinación al orden germánico podría explicar que, pese que al final de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) todos intelectuales la rechazaban de modo unánime, en sus inicios no fue así. Los intelectuales españoles, como buena parte de la sociedad española, recibieron el golpe de Primo de un modo no totalmente negativo. Quizás fueron Eugenio D’Ors,

²⁰ Un pionero estudio de esta cuestión, en el que se recogen algunos testimonios de la época, sobre todo periodísticos, fue el de Fernando Díaz-Plaja, *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*, Barcelona, Dopesa, 1973.

²¹ Citado en Laureano Robles, “Azorín y *Los Norteamericanos*”, en Cirilo Flórez Miguel y Maximiliano Hernández Marcos, eds., *Literatura y política en la época de Weimar*, Madrid, Verbum, 1998, pp. 223-224.

²² Díaz-Plaja, Fernando Díaz-Plaja, *Francófilos y germanófilos*, p. 221.

²³ Sobre la actitud de d’Ors en este debate ver Fernando Díaz-Plaja, “Eugenio d’Ors, un europeo acusado de germanófilo”, en *Francófilos y Germanófilos*, pp. 217-230. Ver también Vicente Cacho Viu, *Revisión de Eugenio d’Ors*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.

Ramiro de Maeztu y, en algún sentido, Azorín, los que apoyaron de modo inequívoco la Dictadura. Ortega la prefería como una “huida hacia adelante”. Unamuno, Pérez de Ayala y Azaña se mostraron, por su parte, reacios desde el principio.

Pero el influjo de uno u otro modelo no se refería simplemente a los valores políticos asociados a cada uno de ellos. También se extendieron al ámbito cultural e intelectual, y ahí prevaleció claramente el modelo germánico sobre el francés. Claudio Sánchez de Albornoz, como Rector de la Universidad de Madrid, demostró que todavía no había muerto el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza: “Hay que hacer una universidad moderna, en Alemania por Max Scheler y en España por nuestro insigne Ortega y Gasset... Es preciso crear unas minorías directrices capacitadas y escuchadas”.²⁴ De hecho, el viaje de Ortega a Alemania en 1911 marcó uno de los temas en los que insistiría más posteriormente: en la necesaria apertura de España. Europa era el modelo, era “la circunstancia”, y por tanto no podía escapar de ella. Contrastaba una Europa del Norte, cuya principal exponente era Alemania, con una Europa del Sur mediterránea, con España como líder:

“Los pueblos mediterráneos llevamos las de perder: somos más viejos, estamos ya un poco cansados de educar salvajes, hemos consumido las reservas de ingenuidad que requiere toda acción tenaz y osada, nos falta economía y obediencia, virtudes inferiores que momentáneamente suplantán la verdadera superioridad.”²⁵

Sin embargo, Ortega es también aquí (una vez más) una figura poliédrica, pues junto a esta admiración del genio germano, nunca quiso sustraerse del todo de sus fundamentos intelectuales franceses, tal como Vicente Cacho Viu apuntó oportunamente en su lectura del “perfil público” de Ortega.²⁶ Ortega actuaba aquí como el líder generacional de una nueva generación, la de 1914, que proponía una lectura más pragmática de la historia de España, en reacción con el diagnóstico lacerado de la del 98, y por tanto estaba más interesada en conocer lo que estaba sucediendo más allá de los Pirineos, sobre todo en las grandes potencias de referencia en aquellos años: Francia, Inglaterra y Alemania. Santos Juliá elaboró un canon provisional pero útil de los miembros de esa generación, entre los que cabría destacar, además, del propio Ortega y a Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón, Santiago Ramón y Cajal, Rafael Altamira, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, Salvador de Madariaga y Fernando de los Ríos. En Cataluña esa generación tuvo su paralelismo en la generación noucentista, que propuso un programa de renovación clasicista frente a la

²⁴ *El Sol*, 16 junio 1933 (citado en Ouimette, *Los intelectuales españoles*, p. 54).

²⁵ Citado en Ouimette, p. 120.

²⁶ Vicente Cacho Viu, “Inserción precoz en el universo cultural francés”, en *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 47-49.

barroquización modernista, y en la que destacaron Eugenio d'Ors, Francesc Cambó y Enric Prat de la Riba.²⁷

Esta nueva generación representa el deseo de renovar cultural y políticamente a España, a través de un ambicioso programa de regeneracionismo, que adquirió formas literarias y artísticas, y que tuvo un claro reflejo en la prensa de la época. Por tanto, si se puede encontrar un paralelismo, más que propiamente un “influjo”, entre los intelectuales de la república de Weimar y la generación de 1914 en España es precisamente en las estrategias que desarrollaron para impulsar su proyecto renovador, experimentalista y, en cierto sentido, rupturista con la tradición. Los resultados, como es evidente, fueron de diferente dimensión, tanto por su brillantez como el alcance de su influjo – relativamente local en el caso de la generación española de 1914, universal en el caso de la república de Weimar. Con todo, hay otro paralelismo entre los dos ámbitos culturales, notablemente dramático, que habría que destacar: ambos naufragaron finalmente, en Alemania con el ascenso de Hitler y el nazismo a partir de 1933, y en España con el efímero experimento republicano de los años treinta, dramáticamente interrumpido por el estallido de la guerra civil en 1936. Después de esas dos fechas, nada volvería a ser lo mismo en los dos países, y la ruptura fue tan grande, desde el punto de vista cultural e intelectual, que es difícil encontrar improntas de lo anterior a partir de 1945 en Alemania y de 1939 en España.

²⁷ Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 139-226. Ver también Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Los intelectuales y la República*, Madrid, Nerea, 1990 y Pedro Carlos González Cuevas, *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de los partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos, 2005.